



Tría prima

Odisea alquímica
entre París y Sevilla

p. Aguirredo

Ituci siglo XXI 

AGUIRREDO

TRIA PRIMA

Sevilla, Otoño de 1.995

Cuando se habla de la Judería sevillana, la mayoría de los forasteros, e incluso muchos lugareños, la identifican con el turístico Barrio de Santa Cruz.

Si bien es verdad que ocupó parte de esa coqueta zona, lo cierto es que dicha Judería era más extensa. Y tenía una particularidad, se encontraba dentro y fuera de la ciudad.

Dentro, porque por un lado se hallaba limitada por las propias murallas del Alcázar y las de la ciudad, que la bordeaban desde la Puerta de la Carne a la de Carmona. Y fuera, porque un muro de considerables dimensiones que partía del Alcázar, la cerraba pasando por delante de la Plaza de Santa Marta y llegando a la calle Conde de Ibarra, bajaba por ésta, hasta enlazar con las murallas.

Si a esto añadimos que el barrio judío sólo tenía dos entradas, una en Mateos Gago y otra en la Puerta de la Carne, que servía de salida de la ciudad, podríamos considerarlo embolsado, aunque separado dentro de la propia urbe.

La citada Judería ocupó el actual Barrio de Santa Cruz, pero no terminaba ahí; ya que al cruzar la calle de Santa María la Blanca, encontramos la Iglesia del mismo nombre, antigua sinagoga. Y si penetramos por la estrechísima y alledaña calle Archeros, en la que, se ubica la casa más antigua de la ciudad, -de la época de los Reyes Católicos-, concurrimos en un dédalo de callejuelas, donde se desenvolvía la vida de este ajetreado barrio judío y en el que habitaban sus ocupantes ricos. Era la parte noble de la zona, que llegaba hasta el actual barrio de San Bartolomé, en donde estuvo situada la segunda sinagoga.

Pues bien, siguiendo por esta maraña de calles, inverosímilmente estrechas, como por ensalmo, se abre una plaza. Al fondo de la misma se alza, orgullosa, una gran casa, que

presume de su antigüedad, aunque numerosas y posteriores reparaciones, hayan dado al traste con su inicial belleza.

La mansión se yergue a lo largo de una gran fachada. En el centro de la misma, se abre una enorme puerta de madera, -remachada por grandes tachuelas doradas-, que debió servir de entrada de carruajes. Sobre ella, a su derecha, un portillo de tamaño mayor de lo normal, que sus habitantes usan como acceso, sin necesidad de abrir el gigantesco portón.

A ambos lados de éste, se encuentran ventanas, de considerable tamaño, enrejadas con gruesos barrotes. En la primera planta, dichas ventanas se han sustituido por recios balcones en donde cuelgan numerosas macetas de gitanillas, cuajadas de flores rojas, rosas y blancas. En el centro, un orgulloso y sobrio mirador de cristales con sus contraventanas abiertas, a través de las que puede observarse una mesa camilla, en la que reposa un cesto de costura y diversos libros diseminados.

Bajo dicho ventanal y sobre el dintel de la gran puerta de entrada, se encuentra un escudo realizado en barro, muy deteriorado por el paso de los años, en el que puede apreciarse unas pequeñas hogueras.

La segunda planta, se ha retranqueado y allí se desarrolla una especie de pequeño, pero bien cuidado jardincillo, constituido por numerosas plantas de jazmines, buganvillas e incluso pequeños frutales, distribuidos en algunos macetones de barro y en otros de fina cerámica trianera.

Toda la delantera se encuentra pintada de un blanco reluciente, con la excepción de unos frisos, que bordean todas las aberturas de puertas y ventanas, que están decorados de color ocre terroso. Del mismo tono, destaca un zócalo de un metro de altura, sobre el que se observan, diseminadas aleatoriamente, zonas más

hinchadas, producto de la humedad, que amenazan con hacer saltar la pintura.

La propietaria de esta mansión es Doña Hortensia Almenza, que la habita desde su niñez. Y desde el fallecimiento de su esposo Julián Arteaga, hace casi cinco décadas, sólo tiene por compañía a la fiel Consuelo, viuda del que fue mayordomo, chofer y jardinero de la casa. La acompañan en su quehacer dos jovencísimas primas, que con más voluntad, que efectividad, realizan las faenas domésticas, perseguidas en todo momento por la seria ama de llaves, que no cesa de recriminarles su falta de atención.

Doña Hortensia, hace varios años que es octogenaria, no obstante camina con ligereza. Sus facciones son agradables, acompañadas de una continua sonrisa de bondad y su cabeza rige perfectamente, con sólo algunas lagunas de memoria, que corrige rápidamente, tras unos instantes de reflexión.

Sus manías son: las plantas, los recuerdos hogareños y la misa muy de mañana en una cercana capilla.

Su familia es muy antigua, podría decirse que tal vez sea una de las decanas de la ciudad.

El primer ascendiente conocido fue Don Rodrigo Almenza, que llegó a Sevilla allá por la mitad del Siglo XIII acompañando a los tercios del Rey Fernando III, “El Santo”, en la conquista de la ciudad.

Las tropas del monarca se habían distribuido alrededor de las murallas a las que levantaban cerco. Pero el principal campamento se encontraba en la dehesa de Tablada, donde se creó una pequeña ciudad de tiendas, que consiguió albergar cerca de 40.000 habitantes, ya que muchos de los combatientes, trajeron con ellos a sus familiares.

Don Rodrigo, que por aquel entonces era un simple soldado, fue encomendado para que, con un pequeño grupo,

escoltara a unas damas que venían a encontrarse con sus esposos, capitanes de la tropa.

Las recogió cerca de Carmona y cuando se encontraban a la vista las murallas y la torre de Sevilla, vieron salir de la ciudad un contingente, fuertemente armado de soldados musulmanes, que se dirigían en línea recta al grupo que escoltaba el de Almenza.

Pretendían, sin duda alguna, hacer prisioneros. Y con damas de tan alto linaje, no les sería difícil negociar un favorable rescate.

Rodrigo, pretendió volver grupas y dirigirse nuevamente a su lugar de partida. Pero pensándolo fríamente descartó la idea, porque los veloces corceles árabes les darían alcance enseguida. Ya que se verían retrasados por las monturas de las señoras, más pensadas para un cómodo viaje, que para una larga cabalgada, como la que necesitaban en aquel momento.

Hacerles frente era una temeridad suicida. Los enemigos los superaban en número de cinco a uno.

Pensando y discurriendo, se fijó que el camino por el que transitaban estaba cubierto por matorros secos. Largos tallos con espigas y restos de la recogida de la última cosecha, fruto de la fecha en que se encontraban, muy cercano, ya el mes de agosto.

Recordó que en una de las mulas del séquito, se habían colocado, con sumo cuidado en los serones, unas tinajas que, a decir de su propietaria, contenían aceite de la mejor calidad y que su marido esperaba con ansiedad.

Aquello le hizo concebir una peregrina idea. Descolgó una de las vasijas y la tirió sobre su montura. Con la daga hizo un agujero en el tapón de corcho e introdujo en el orificio, apretándolo con fuerza, la punta de un grueso y bordado paño rojo. El resto lo dejó caer, hasta que arrastró por el suelo.

Levantó su nariz y olfateó como un lebel. El aire le llegaba por la espalda y comprobó que se dirigía a la sitiada ciudad, justo al grupo de soldados que avanzaban hacia ellos.

Sin pensarlo dos veces, espoleó su caballo en dirección a la tropa que se le venía encima y volcó la tinaja, con lo que la tela se empapó rápidamente, vertiendo el oleoso líquido al suelo.

Los soldados musulmanes, frenaron sus monturas ante la inesperada carrera del guerrero castellano. No entendían, que estuviera tan loco de ser capaz de enfrentarse sólo, a un número que lo hubiera hecho añicos en un abrir y cerrar de ojos.

Rodrigo siguió con su veloz galopada, hasta que la cercanía a sus enemigos era tan escasa, que los oía hablar. Torció bruscamente a la izquierda, los esquivó y los fue rodeando, ante la extrañeza de la tropa, que haciendo girar a sus cabalgaduras sobre sí, seguían las evoluciones del caballero, sin alcanzar a comprender qué pretendía aquel insensato.

La sorpresa que causó entre los defensores de la ciudad, fue aprovechada por el de Almenza, que los envolvió hasta completar un círculo. Cuando hubo realizado toda esta estrategia, dirigió su montura hacia su grupo y espoleándola fuertemente, hasta hacer saltar gotas de sangre de los ijares, se separó de los sorprendidos musulmanes.

No tardaron estos en reaccionar. Pensando que habían sido motivo de una chanza, se lanzaron en pos de él.

Pero nuevamente quedaron sorprendidos, por las maniobras que realizaba aquel soldado.

Ahora se había parado. Arrojó al suelo un objeto que llevaba terciado en la silla, que se rompió al caer y echó pie a tierra.

Rodrigo supo aprovechar todo el desconcierto que causó con su extraño proceder y agachándose, hizo surgir de sus manos,

unas pequeñas chispas que brotaron del pedernal, que golpeaba incesantemente.

Pronto se alzó una tímida llama que avivada por el viento reinante no tardó en elevarse con una densa nube de humo.

El aceite que vertió, no tardó en provocar su efecto. Una tras otras se fueron encendiendo incipientes hogueras, que rápidamente crecían y avanzaban como una serpiente ígnea.

Los musulmanes, aunque tarde, comprendieron la trampa de la que fueron objeto.

Cuando vieron aproximarse una lengua de fuego, que amenazaba con engullirlos, volvieron grupas, tratando de evitarla.

Pero el astuto de Almenza no quedó quieto. Volvió a por la otra tinaja y con ayuda de dos de sus compañeros, vertió totalmente su contenido, a la vez que avivaba el fuego con todo cuanto encontraba a su alrededor. Los serones, las ricas sedas y las sillas de repujado y bello cuero, todo fue pasto de las llamas, mientras que se elevaba en el claro cielo una apestosa y negra columna de humo.

Sirvió ésta de aviso en el campamento de Tablada, que contemplándola, entendieron que algo anormal estaba sucediendo.

Pronto se aprestaron un nutrido número de caballeros, que bordeando la puerta de Jerez y tras eludir los numerosos venablos, flechas y piedras que les lanzaban desde sus murallas, enfilaron el campo abierto, sin perder la señal, del cada vez, más espeso y mal oliente humo.

Cuando finalmente, alcanzaron al reducido grupo que dirigía Rodrigo Almenza, vieron con sorpresa, que una tropa muy numerosa de soldados musulmanes, se debatía, desesperadamente, entre el cerco de fuego que los rodeaba.

Cuando éstos, encontraban franco un camino, se dirigían rápidamente a él, buscando su salvación. Pero como si gozara de

vida propia, una nueva fogata, volvía a reducirlos a su condición de encarcelados en las ardientes paredes.

Se realizó una gran mortandad entre los agresores, que resultaron cazados por el ingenio del soldado. Cuando pudo extinguirse el fuego, los supervivientes fueron hechos prisioneros.

Al volver al campamento, Rodrigo de Almenza fue recibido como el héroe de la jornada. Todos alabaron su valor y talento, por el que logró salvarse y a la vez, proteger a las damas, a las que daba escolta.

No tardó en llegar la noticia al propio Rey Fernando, que quiso oír de los propios labios de su protagonista, tan gran y fantástica hazaña.

Fue imposible que Rodrigo contara la historia. Las agradecidas damas lo hicieron por él, con gran lujo de detalles y exageraciones.

En la narración se llegó a decir, que el de Almenza casi tenía poder sobre el fuego y que lo dirigía a su antojo entre sus enemigos, logrando cortarles su avance e inmovilizándolos.

-Eran miles de fuegos, contra los moros..., -decía una dama, aunque no llegó a terminar la frase, ya que el propio rey sentenció:

-¡Que así sea!

-Desde hoy serás conocido por Rodrigo de Almenza, señor de Milfuegos y os autorizo a llevar en vuestro escudo, las llamas de las que tan bien supisteis valeros.

Pocos meses después, el largo asedio alcanzó su final. Así el 23 de noviembre de 1.248, las tropas triunfantes del Santo Rey, hicieron su entrada en la ciudad, previamente desalojada por sus habitantes.

El rey otorgó prebendas a todos sus capitanes y como no podía ser menos, al flamante Señor de Milfuegos, a quién se le dio

en premio, una hermosa casa cerca de la Puerta de Carmona, alledaña, por tanto, a la Judería. Y para completar el regalo, Don Fernando añadió una hermosa tierra de olivar en los cercanos cerros del Aljarafe.

La familia Almenza se encontraba muy orgullosa de esta historia y la propia Doña Hortensia la relataba, cada vez que tenía ocasión y aparecía por su casa alguien, de quien la señora, sospechaba su desconocimiento.

Si de esta hazaña se vanagloriaban todos los descendientes del astuto y arriesgado Rodrigo de Almenza, señor de Milfuegos, no lo estaban tanto de los nietos de éste, que nacidos en una relativa opulencia, no tardaron en dilapidar la fortuna adquirida por sus antecesores y acabaron vendiendo las tierras y posteriormente, la hermosa casa.

Nada se hablaba en los libros familiares de qué ocurrió durante dos siglos. Pero en el XVI, exactamente en 1.525, como por arte de magia, aparece un nuevo Rodrigo Almenza que, arruinado y viviendo como soldado de fortuna, se embarca en la Carrera de Indias y tras numerosas vicisitudes, logra volver a su patria, arropado por una considerable riqueza y en compañía de dos enormes perros.

Por recuperar la honra familiar, el colonizador Rodrigo Almenza, compró una casa en la Judería, cerca de una antigua sinagoga, convertida, en aquel entonces, en iglesia cristiana y unas tierras en el cercano Aljarafe.

La familia, volvía a omitir, que la decisión de adquirir la nueva vivienda en esa zona, tal vez tuviera otro motivo. Y ese podría, fácilmente ser, el aprovecharse que la Judería había quedado prácticamente despoblada. Porque el Arcediano de Écija, Don Fernando Martínez, recorrió los barrios de Sevilla, inflamando al populacho con ideas antijudías, a resulta de las cuales, el pueblo respondió violentamente y realizó toda clase de

tropelías en personas y enseres. Por ello, muchos de sus habitantes, tuvieron que huir. Debido a esa circunstancia, los precios de las residencias se habían reducido considerablemente.

Los causantes indirectos que, el nuevamente resurgido miembro familiar, hubiera podido adquirir una vivienda, tan cerca de la que fue donada por el acto de valor de su antepasado, fueron los mismos que, anteriormente y desde la conquista de la ciudad, habían convivido en total armonía con judíos y moriscos, consiguiendo el mayor crecimiento intelectual de la urbe.

Con el oro traído desde el otro confín, Don Rodrigo instauró el antiguo escudo familiar y arregló la descuidada vivienda, que se encargó de enriquecer y engrandecer, por el sencillo procedimiento de comprar cuantas casas quedaban vacías a su alrededor. Tanto por la expulsión de sus moradores, como por el abandono de las mismas.

Sin apresurarse demasiado, pero utilizando sabiamente la riqueza conseguida, la residencia inicial crecía paulatinamente. Absorbiendo las pequeñas moradas a su alrededor y engulléndolas, hasta crear una mansión digna de un príncipe.

Como hombre metódico, todas sus transacciones eran anotadas escrupulosamente, por un escribano, en unos tomos que se apilaban en una sala dedicada ex-profeso para tal fin, en la planta baja.

Pero la historia volvió a repetirse, los hijos de los hijos del conquistador, tal vez cansados del buen vivir, se dedicaron a gastar a manos llenas la fortuna familiar, hasta lograr acabar con ella. Pero éstos, tal vez escarmentados por hechos anteriores, fueron capaces de conservar el palacete familiar, aunque, carente de las oportunas reparaciones, empezó a deteriorarse a pasos agigantados.

La familia Almenza, a lo largo de su dilatada existencia, siempre tuvo el pudor de ocultar aquello que no le interesaba. Y al

igual que los ojos del Guadiana, los miembros que no se habían caracterizado por hechos gloriosos y loables, desaparecían. Por unos años se perdía el hilo genealógico, hasta que otros, tomaban el relevo y asomaban en la historia, con algún gesto digno de resaltar.

Igual ocurrió ahora, durante casi un siglo, nada se supo de ellos. Sólo que aun conservaban el solar de sus antepasados.

Pero a finales del Siglo XVII, pese a que también hubieran querido eliminarlo de la saga familiar, aparece un nuevo Almenza: Rodolfo o Rudolf, como se hizo llamar en sus correrías de pirata, a lo largo y ancho del Atlántico.

¿Y cómo no se pudo silenciar este molesto personaje? Muy sencillo, sus andanzas estuvieron en boca de todos, hasta fueron cantadas en trovas por los ciegos.

Y por si fuera poco, el belicoso Rodolfo, izó su pendón con el escudo familiar y tan satisfecho se encontraba de él, que barco que abordaba, después de saquearlo, -tal vez por una atávica fuerza genética heredada de su primer antepasado Rodrigo-, lo incendiaba, rociándolo con materias inflamables, hasta su total destrucción.

Rodolfo Milfuegos, era su nombre de batalla y por él conocido entre sus detractores y admiradores. ¡Demasiado famoso para poder ocultarlo!

Aprovechando que Rodolfo o Rudolf, cuando envejeció decidió abandonar tan alterada vida y volver a su casi desconocida morada, cargado de las más fastuosas joyas, sus familiares, cuyo ingenio no tiene límites, lo transforman discretamente. Al principio en comerciante de ultramar y cuando la ocasión lo permite, en Almirante de la Armada Real.

De todas formas, no se atreven a alardear mucho de este último título y sólo cuando están seguros que sus visitas no son

muy versados en historia, con una cierta timidez, lo citan como de pasada.

Pero de lo que no se han desprendido, es de un grandioso cuadro que representa a Rodolfo Milfuegos, -lo de Rudolf, se les antoja poco español-, vistiendo un fantástico y recargado uniforme de marino. Dicho atuendo que no pertenece a ninguna flota, fue diseñado por el propio pirata para ser pintado por un artista flamenco, que gozaba del favor de la aristocracia de la época.

A partir de aquí, los descendientes pueden respirar tranquilos, el hijo del filibustero, Antonio, fue un dechado de virtud. Logró que en los últimos días de vida de su padre, éste abandonara las numerosas amantes, que rodearon su existencia y al lado de su insignificante, pero virtuosa esposa, abrazara, con fervor la religión, para solicitar el perdón eterno.

Don Antonio, llevó una vida digna de ser comentada como ejemplo de bondad, pero no tuvo cualidades financieras capaces de mantener el esplendor de la casa paterna.

Y así, rodeado de buenas obras, se apagó su existencia gris a la joven edad de cuarenta y cuatro años, no sin antes dejar su semilla en otro Rodrigo.

Fue éste un hombre emprendedor y comerciante nato. Supo adelantarse a las vicisitudes del siglo que le tocó vivir, el XVIII y entabló fructíferas relaciones comerciales con franceses e ingleses.

De los primeros aprendió a cultivarse, por lo que su biblioteca llegó a ser una de las más importantes de la ciudad. En su casa, siempre que sus obligaciones lo permitían, organizaba reuniones de poetas, literatos y artistas.

De los segundos, supo copiarles el sentido práctico y utilizando la frase del capitán de uno de sus navíos, decía:

-“Hay que ser como los británicos y al igual que ellos, estar siempre situados a barlovento”.

Supo cumplirlo a rajatabla. Sus negocios llegaron a adquirir gran prosperidad. Pero, además, aprendió ciertos gustos de sus tan admirados ingleses y se trajo, del mismo Londres, todas las maderas que formaban el armazón de la inmensa biblioteca de un arruinado Lord. Y la mayoría de los libros que la componían.

De vuelta a su casa, hubo de ampliar la antigua dependencia y tras tirar varias habitaciones, logró armar en una sola, el soberbio mueble que, casi consiguió llenar, con todos los volúmenes que poseía.

En las obras de remodelación, apareció un estrecho túnel que fue convenientemente estudiado y que resultó ser el ala, de una sala de reunión de notables y estudiosos judíos.

Se encontraba esta nueva estancia en un nivel inferior al resto de la casa. Las paredes, estaban decoradas por los característicos azulejos en tonos verdes y azules, en los que predominaban símbolos propios de aquella cultura y al fondo de la estancia, una especie de mesa, o altar de mampostería. El suelo, formado por grandes losas de barro y salpicando toda su área, grandes dibujos de estrellas de cinco puntas, en cerámica.

La pared del fondo, se encontraba en peor estado. Y como el riquísimo Don Rodrigo, no tenía una idea muy clara de cómo podría usar la recién descubierta sala, decidió recubrirla con una hilada de ladrillos.

A partir del exitoso comerciante, no vuelve a haber más desgraciados sucesos que empañen el buen nombre de los Almenza. Todos se comportan como auténticos señores, y su fortuna, en mayor o menor grado, continúa aumentando.

Desde entonces, sin que exista algún tipo de documento escrito, se empiezan a cumplir determinadas reglas, que todos los miembros de la familia cumplen a rajatabla.

El primer varón ha de llevar el glorioso nombre de Rodrigo y será el heredero de toda la hacienda, aunque eso sí,

mantendrá bajo su tutela al resto de la saga, si ello fuera necesario.

Al fallecimiento de éste, si no hubiera habido varones en su descendencia, la herencia pasará a la hija mayor, pero sólo en usufructo. Ya que cuando ella falte, la fortuna recaerá en el primer varón, que en ese momento ostente el primer nombre y apellido de la stirpe.

Con este curioso sistema, que todos acatan, se ha conseguido que en la antiquísima rama siempre exista un Rodrigo de Almenza como dueño absoluto de la heredad, salvo claro está, en los cortos periodos de tiempo en que la jefatura es ostentada, de forma interina, por una mujer.

Ahora, en 1.995, está ocurriendo esta especie de regencia: Doña Hortensia, es la hija mayor del antiguo regidor familiar y aunque tuvo un hermano con el nombre de Rodrigo, cuando éste alcanzó la mayoría de edad, a pesar del disgusto familiar, tomó los hábitos y se marchó de misionero a lejanas regiones. Eso sí, antes de partir hubo de renunciar a todos sus derechos. Había que evitar por todos los medios que su empobrecida Congregación pudiera algún día reclamarlos.

Recaía, por tanto, el peso familiar en Doña Hortensia, que por aquel entonces se encontraba casada con Don Julián Arteaga, rico terrateniente, culto e inteligente, pero castigado a soportar en sus débiles hombros una frágil salud.

Por ello Don José Almenza, consciente de que sus hermanas Hortensia y Clara, no suponen un peligro para la sucesión, opta por bautizar a su primer hijo, varón por cierto, como Rodrigo, con lo que tiene asegurado que algún día, éste será el jefe familiar.

Sin embargo, la interinidad de Doña Hortensia, se está haciendo más larga de lo que en un principio cabía esperar. Casada muy joven, enviudó a los pocos años sin descendencia. Su

hermano José, desesperaba viendo que su longevidad, privaba a su primogénito de alcanzar el reinado absoluto de la familia.

Posiblemente obsesionado con la sucesión, no fue capaz de engendrar más hijos y quizá por el mismo motivo, murió pocos años después que su cuñado Julián.

Clara, mujer sumisa y religiosa, se casó con Mauricio Téllez, importante abogado que dominó su casa con férrea mano y lejos de pensar en posibles componendas de primogenitura, bautizó a sus dos hijos con los nombres de Mauricio, como él y Federico, como su padre.

Doña Hortensia, después de volver de su misa diaria, se había sentado en una mesita del amplio patio interior y esperaba, que su fiel Consuelo le sirviera el desayuno.

Dicho patio estaba, siguiendo la tradición de los constructores romanos, porticado en todo su perímetro. En esta planta baja se encontraba la estancia donde se hallaba ubicada la espléndida biblioteca, la cocina, el salón principal, una salita o gabinete que daba a una de las ventanas exteriores y hacia el interior los cuartos del servicio. En el ala izquierda había un sobrio despacho, que ocupaba el administrador y que en este momento se encontraba cerrado.

La planta baja se utilizaba más a partir de la primavera y de muchos otoños calurosos, reservándose el resto, para las cortas épocas de frío.

A pesar de lo temprano de la mañana, el Sol empezaba a incidir con fuerza en las relucientes losas de mármol, con las que estaba enlosado el patio y se reflejaba, incomodando los ojos de la anciana señora. Se levantó ésta con agilidad y arrastrando el sillón de mimbre, se colocó de espaldas a los molestos rayos.

Pese a la rapidez con que ejecutó el movimiento, se percató que unas macetas estaban siendo agredidas por la luminosidad reinante. Levantó la cabeza buscando a alguien,

cuando del interior de la casa salió una pizpireta jovencita con una bata a cuadros y un blanco delantal, arrastrando un cubo, con su correspondiente fregona, dispuesta a limpiar el immaculado suelo.

-Deja eso Pepita, ¿cuantas veces he de decirte que lo primero que has de hacer es cambiar las hortensias de sitio? Esas plantas no están hechas para el Sol sevillano. Las trajo mi prima Asunción de Santander y hemos perdido más de la mitad. Mira niña, allí crecen muy bien, pero no hay estas temperaturas y les tengo mucho cariño, que para eso se llaman igual que yo. Deja ahora la fregona y cámbialas de sitio. Luz sí, Sol directo no. Y al mediodía no dejes de correr la vela.

En esta conversación apareció una mujer de mediana edad, delgada y firme, con el pelo negrísimo recogido en un tirante moño, portando en una bandeja un finísimo servicio de café y unas tostadas.

-¿Dónde está Cerro, Consuelo?, -preguntó la señora-, he vuelto de misa y no ha venido a recibirme, me preocupa este perro. Es casi tan viejo como yo y cualquier día nos da un disgusto.

-No se preocupe señora, estaba en el jardín de atrás persiguiendo a un gorrión. Y me ha extrañado, porque con lo flojo que es.

-No es flojo Consuelo, es grande y viejo, por eso es tan lento.

-Señora, ¿por qué no tiene usted un perro faldero como todo el mundo, en lugar de ese elefante?

-No seas desagradable mujer, ¿qué querías que tuviera un perrillo pequeño? Parecen ratas y son de un nervioso que no nos dejaría vivir. Los perros grandes son más tranquilos y más nobles, ¿o tienes algo malo que decir de Cerro?

-No señora, nada, es buenísimo pero cuando viene de jugar con la tierra, deja la casa hecha un asco. Y come, como un regimiento.

-Hija, con el cuerpo que tiene tendrá que alimentarse. ¿No querrás que se muera de hambre?

-Lo que le va bien es el nombre. Desde luego parece un Cerro, no termina nunca.

-Pues para que veas, el nombre se lo puso un antiguo capataz y no por el tamaño. Lo hizo, porque recién nacido se encogía como una bolita y decía que le recordaba al Cerro del Fraile. Y era verdad, tenía el mismo color que la cumbre, entre canela y grisáceo.

Como si hubiera sabido que hablaban de él, por la puerta del fondo entró un impresionante mastín español. La altura a la cruz no era inferior a los ochenta centímetros y su paso lento y pesado, se aligeró mientras movía el grueso rabo y se dirigía a saludar a su dueña.

Cuando llegó a su altura apoyó la fuerte y recia cabeza en su regazo y esperó, mirando con sus acuosos ojos la caricia de su propietaria.

Doña Hortensia le palmeó el cuello, mientras la cola se convertía en una poderosa fusta que azotaba cuanto caía a su alrededor. Satisfecho por el saludo, se dejó caer pesadamente a los pies de su ama, donde se recostó plácidamente.

-Ay, Cerro, que viejo nos estamos haciendo los dos. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? Mejor ni recordarlo y antes que tú, tu padre y antes, tu abuelo. Mira Consuelo desde que nací, siempre han estado en esta casa. Cuando había una camada, el mejor era para nosotros, los demás quedaban en el campo. En los libros de la familia se dice que nuestro antepasado el conquistador, el que estuvo en América, fue quien los trajo, allí

los usaban como perros de guerras. Desde entonces, creo que siempre ha habido, al menos, uno de ellos viviendo aquí.

-No sé como serían los indios, pero éste sería capaz de comerse a uno de un bocado.

Cerro miraba a ambas mujeres con sus cansados ojos, sin moverse de la postura inicial. Consuelo empezó a retirar el desayuno y cuando daba la espalda a su señora, cogió un trozo de pan que sobró y disimuladamente lo dejó caer ante la cara del mastín, que lo engulló en un instante, mientras su cola daba un fuerte golpe en el suelo.

-¡Consuelo, que te veo! Mucho criticar lo que come Cerro, pero no paras de atiborrarlo de comida. En cuanto me descuido le das todo lo que te parece. Los perros deben comer una sola vez al día. No lo malcríes.

-Señora, éste está más que criado. Pero que quiere, a mí eso de que coman una vez al día, me parece un martirio y siempre lo mismo. Deje usted que de vez en cuando le ofrezca otra cosa.

-Si no cesas de darle en todo el santo día. Pero para que insistir más, harás lo que te venga en gana. Anda, dile a Rosita que venga.

No tardó la muchacha en aparecer. Tendría aproximadamente la misma edad de su prima Pepita, más metida en carnes y con unos parchetones rojos en la cara.

-Mira Rosita entra en la biblioteca y estante por estante, vas a sacar todos los libros. Les limpias bien el polvo, recuerda que es su mayor enemigo y los vuelves a colocar en la misma posición.

-Señora, eso no se hace en un rato. Además, creo que no sólo tienen polvo, porque nada más entrar, hay un olor a humedad que tira de espaldas.

-Nadie te ha dicho que termines hoy. Sé que eres muy cuidadosa, por eso te lo encargo a ti. Tu prima va más a salir del paso. Cuando retires los libros, limpia bien las estanterías, que ahí es donde se almacena la humedad. Este año ha sido muy lluvioso.

-Señora el que estuvo mirando usted ayer tenía hasta moho.

-Pues cuando te encuentres uno que lo tenga, oréalo bien y déjalo limpio, ahí hay volúmenes que pueden tener varios siglos. Ah y no se te olvide poner puñaditos de arroz en las esquinas, dicen que quitan la humedad.

-Eso lo hago siempre, pero supongo que para que funcione, tendría que poner toda la cosecha que se saca de la Isla¹.

-No seas exagerada. ¿Sabrás tú la cantidad que se cultiva en la Isla? Para alimentar a media España. ¿Ha venido hoy el jardinero?

-Sí señora, hace un rato que llegó, está en la parte de atrás.

-Pues vamos a verlo. Cerro, acompáñame al jardín.

¹ Se hace referencia a la Isla del Arroz, zonas de humedales en pleno Guadalquivir donde se cultiva intensivamente esta gramínea. Existen tres: Isla Mayor, Menor y Míñima.